

UN AMIGO DIGNO DE CONFIANZA

Cuando el ómnibus se detuvo frente a la escuela, Ramón se puso de pie bruscamente y, empujando a un lado a dos niños del primer grado, ocupó el primer puesto frente a la puerta. Él quería bajar primero y lo iba a lograr. No le importaban los derechos de los demás, sino sólo su propia comodidad. Tenía diez años, y era grande con relación a su edad, de manera que se podía permitir algunos abusos con sus compañeros, pues casi todos respetaban su tamaño.

Cuando terminaron las clases y los niños se disponían a regresar a sus casas, Ramón descubrió que había algunos antes que él en la parada del ómnibus, pero para satisfacción suya eran pequeñuelos. No tuvo dificultad alguna en apartarlos y subir al vehículo primero, y ocupar el mejor asiento, que estaba justamente detrás del conductor. Egoístamente se sentó de costado, ocupando casi todo el asiento, mientras simulaba mirar por la ventanilla los edificios de la escuela.

Un niño se había sentado en el poco lugar que él había dejado, y ciertamente que estaba incómodo. Ramón lo miró de reojo y vio que era un muchacho de su tamaño, de más o menos su edad. Era un desconocido y Ramón se sentó más derecho, dejándole más lugar. El muchachito le sonrió, y Ramón sintió que gustaba de él.

Vestía casi la misma ropa que nuestro amiguito Ramón, pero las uñas del extraño estaban limpias, la cara aseada y el cabello peinado. Ramón creía que esas cosas no quedaban bien en él, sino que eran para una niña. Sin embargo, tenía a su lado un muchacho de su misma estatura, limpio y aseado, y, con todo, tan varonil como él, si no más.

Cuando el nuevo muchacho le agradeció, Ramón pensó que le quedaba bien ser cortés. Realmente la cortesía no hacía mal a ninguno, y vendría bien un poco más de ella en la escuela. Sin darse cuenta, Ramoncito pensó en los pocos amigos que tenía. Realmente no tenía ninguno, e inmediatamente deseó que este nuevo niño fuese su amigo.

Ramón no era un mal muchacho, sino que era un poco egoísta, y no pensaba en los demás. No tenía hermanos, ni hermanas, ni padre, y vivía con su mamá, quien trabajaba todo el día. Muchas veces Ramón se sentía solo y aburrido. Cuando encontraba nuevos amigos, muy pronto los perdía. No sabía por qué, pero los demás niños muy pronto dejaban de visitarlo, y no lo invitaban a jugar a sus casas tampoco. Su mamá había notado eso, y un día dijo a su hijito:

-Mucho me temo que siempre quieras ser el que manda, y a los demás chicos no les gusta eso. No puedes pretender que tus amigos jueguen siempre a lo que a ti te guste. Eso es ser egoísta.

Ramón no había contestado a su mamá, pues no le gustaba que le criticara sus faltas de esa manera, pero la señora tenía razón.

Ella trabajaba todo el día, y cuando volvía a casa estaba muy cansada y atareada con otras cosas y no podía jugar con Ramón.

Cuando el ómnibus en que viajaban Ramón y los demás niños de la escuela se aproximó a la esquina donde debía bajarse, nuestro amiguito se levantó y se encaminó hacia la puerta de salida. Cuando hubo bajado, descubrió que su compañero de asiento bajaba también. Juntos echaron a andar por la vereda.

-Vivo por allá -dijo el extraño, señalando unas casas con la mano, a lo que respondió entusiasmado Ramón:

-¡Somos vecinos! Yo vivo allí también. ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Ramón.

-Juan, para servirte -contestó el desconocido, que ahora ya no lo era- Hace dos días que nos mudamos a esa casita blanca.

Ramón venía pensando en las palabras de su mamá, y decidió no ser egoísta. Le gustaba la compañía de Juan, y quería conservarla. Quería que Juan fuese su amigo, pues se daba cuenta que sería digno de su confianza.

Estaban frente a la casa de Juan, y éste se disponía a entrar cuando Ramón le dijo: -¿Por qué no vienes a jugar a mi casa? Mi mamá no llega hasta más tarde, y nos divertiremos un rato...

-Lo siento mucho, Ramón, pero debo quedar en casa.

Quiero ayudar a mi mamá un poco, y luego jugaré con mi hermanito; así ella podrá descansar.

-Entiendo... -dijo Ramón, aunque realmente no entendía, pues no sabía qué era ayudar a la mamá, salvo unos rápidos mandados que hacía en su bicicleta; y como no tenía hermanos, no podría entender lo que significaría para una madre poder descansar un momento del cuidado de un bebé.

Entonces habló Juan, e invitó a Ramón:

-¿No quisieras pasar y saludar a mi mamá? A ella le gusta conocer a mis amigos.

-¡Encantado, Juan! Pero... ve tú adentro, pues iré a casa y dejaré mis libros. Volveré dentro de unos minutos.

Lo que Ramón pensaba no era que debía guardar sus libros, sino que quería lavarse las manos y la cara, y quería recortarse y limpiarse las uñas. Le daba vergüenza que lo viese tan desaliñado la mamá de Juan, siendo éste tan cuidadoso y aseado.

Así hizo Ramón, y al cabo de diez minutos se detuvo a la puerta de calle de la casa de Juan. En ese momento se puso nervioso y sintió deseos de marcharse, pero Juan apareció bien a tiempo y lo hizo pasar. La mamá de Juan era muy simpática y con sonrisa amable dio la bienvenida a Ramón, quien se sintió perfectamente en casa.

Luego de una corta visita, Ramón volvió a su casa, pues su mamá quería que quedase allí a su vuelta de la escuela. Cuando entró en la cocina, Ramón vio los platos y la loza que habían usado para el desayuno, todavía sucios en la pileta. Recordó las palabras de Juan, quien había dicho que ayudaba a su mamá, y también recordó lo que su mamá le decía, que era mejor dar que recibir.

Sin mucha demora Ramón se dedicó a lavar la loza y la secó también, dejando la cocina limpia y lista para la cena. Cuando volvió su mamá y descubrió la cocina limpia, abrazó a Ramón y, dándole un beso cariñoso, dijo:

-Mi muchachito está creciendo muy rápido.

Ramón vio que había lágrimas en los ojos de su mamá, y comprendió que había hecho algo que realmente la había conmovido. Luego le contó de su amigo Juan, y de lo cortés y limpio que era, y de cómo ayudaba a su mamá. Todo eso pensaba hacer Ramón, pues quería ser amigo de Juan, y quería ser igual a él.

-Juan siempre alegra a los demás -le contó Ramón a su mamá- Siempre es amable con todos, y todos lo quieren mucho. Voy a ser como él.

Al día siguiente, cuando ambos amigos estaban por subir al ómnibus para ir a la escuela, llegaron corriendo dos niñas que se habían atrasado un poco. Juan quedó a un lado esperando que subieran, y aun ayudó a una con sus libros. Ramón quedó a un lado él también, y lo observó todo. La próxima vez él también haría así.

Estaba descubriendo que los verdaderos hombres son corteses y considerados con los sentimientos de los demás, y no bruscos y atropelladores. Además es más lindo que a uno lo reciban con sonrisas placenteras, que con miradas de temor. Ramón estaba muy contento que Juan se hubiese mudado tan cerca de su casa y fuese su amigo.